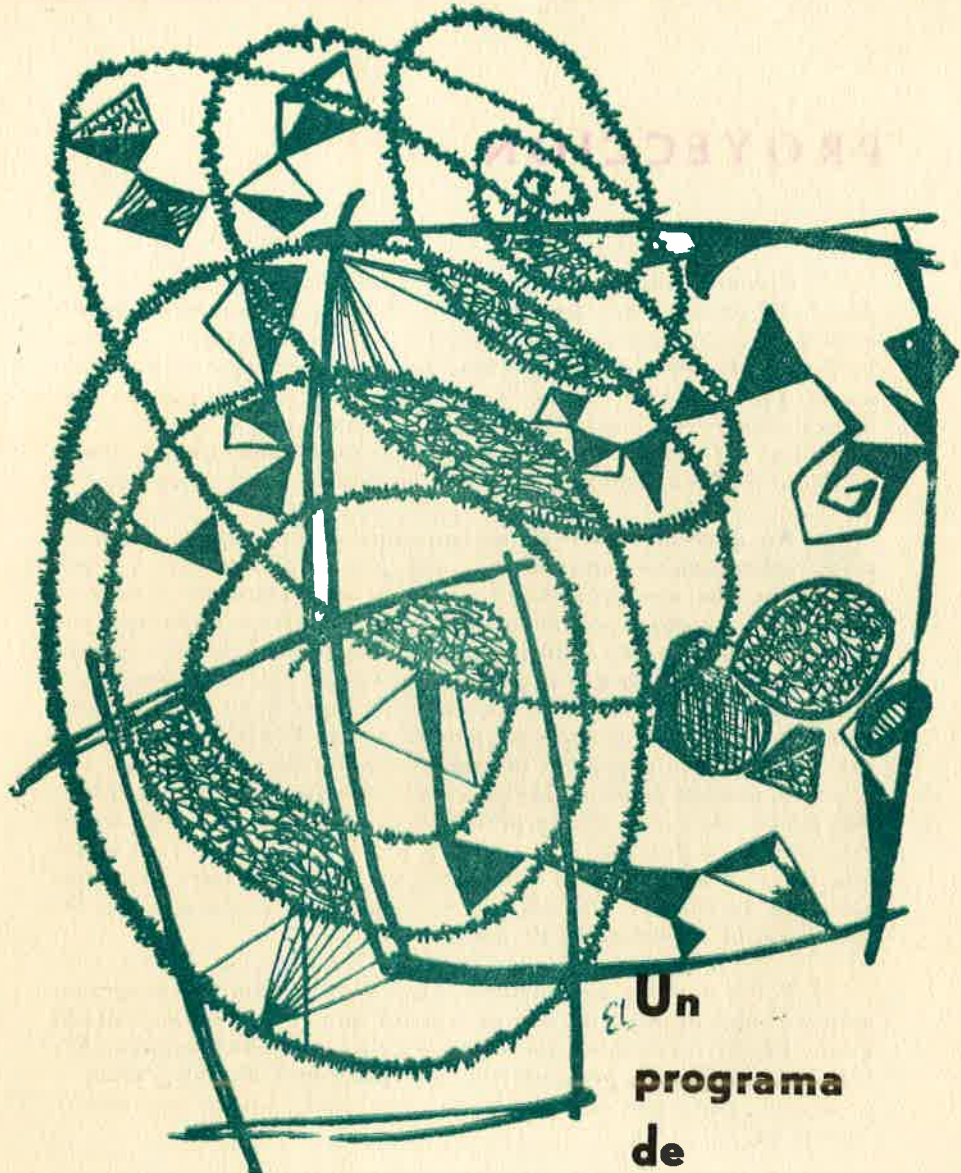


P
A
B
L
O
V
I



GUIÓN

El **Un**
programa
de
integración
universal

HASTA que Pablo VI no pase la última página de su pontificado, no podremos caracterizar la síntesis de su ministerio universal. Sin embargo, los primeros capítulos que se leen ya en el libro de su vida como Vicario de Cristo son de auténtica calidad histórica. Históricos capítulos tanto por la significación circunstancial eclesiológica, social e internacional, cuanto por el contenido ideológico de un programa que marca el nuevo giro impreso a la travesía de la Iglesia en camino por la Historia hacia la perfecta realización escatológica.

PROYECCION

Vivimos una época de "integración" histórica, de largo alcance. El pensamiento sanamente espoleado por la marcha de las ciencias y la técnica, cruza también los límites del tiempo y la geografía en un deseo de integración. Todo se construye en un estilo nuevo que podíamos llamar "universal". Y es en este preciso momento cuando el Colegio cardenalicio, asistido por el Espíritu, entroniza al más reciente sucesor de Pedro; un hombre que se llamará Pablo recibe la bandera de relevo en la marcha de la Iglesia.

No queremos caer en la tentación de la profecía adelantando gratuitamente una síntesis, que por muy sugerente y esperanzadora que nos prometamos, aún no está realizada. También aquí, para ser objetivos, hemos de aceptar las leyes impuestas por la temporalidad de lo histórico y estar dispuestos a las mil sorpresas de la libertad. Lo que sí podemos presentar con toda devoción y optimismo son los principios característicos que hemos leído en los primeros capítulos escritos ya por el nuevo Pontífice; ofrecerlos casi en su misma expresión originaria a nuestros lectores para que afiancen más su fe en la Iglesia como auténtico misterio —"realidad penetrada por la divina presencia"— y aun como cuerpo social del Pueblo de Dios. El gesto firme y sereno, la mano alzada como una bandera de paz y de esperanza, traen a un primer plano las palabras de Cristo: "Sabed que yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los tiempos".

Y los tiempos que vivimos no podían esperar un programa mejor ni más de acuerdo con su espíritu que el que ha presentado Paulo VI. Si tuviéramos que caracterizarlo de alguna manera, habría que calificarlo precisamente de "programa de integración"; y todavía, para que el acuerdo sea más total, habría que añadir "universal".

Al dirigir su palabra por vez primera al mundo, nos presenta un esbozo de dicho programa. Continuación del Concilio Ecu­ménico Vaticano II... "para que la Iglesia, que brilla en el mundo como una bandera levantada sobre todas las naciones lejanas, pueda atraer hacia ella a todos los hombres..." Consolidación de la justicia social, dentro de la línea de las grandes encíclicas sociales, pero en el nuevo estilo de integración universal, porque "...el imperativo del amor al prójimo, banco de prueba del amor a Dios,... exige medidas en favor de los pueblos subdesarrollados... impone un estudio lleno de buena voluntad, a escala internacional de las condiciones de vida..." El afán por trabajar en pro de la paz adquiere idéntico matiz de integración: "...una paz que no es solamente la ausencia de rivalidades, guerras o facciones armadas, sino un reflejo del orden querido por Dios, creador y redentor, voluntad constructiva y tenaz de comprensión y fraternidad... deseo incesante de concordia activa inspirada por el verdadero bien de toda la

PROYECCION

Humanidad..." Por último la integración de todos los cristianos en la "unidad" (le hace saltar incluso la esfera humana para situarse en un vértice más apto para el diálogo): "Abrimos nuestros brazos a todos aquellos que se enorgullecen del nombre de Cristo. Nos les llamamos con el dulce nombre de hermanos".

Las directrices están marcadas con palabras que hemos querido transcribir exactamente. Los siguientes capítulos han continuado la misma trayectoria. Al cuerpo diplomático afirmó su deseo de colaborar en la consolidación de una paz constructiva entre todos los pueblos, fundada en la verdad, la justicia, en el amor y la libertad. La misma idea aparece de nuevo en su homilía de la Misa de coronación.

Merece la pena destacar una idea de dicha homilía que enlaza con el discurso de apertura de la sesión del Vaticano II, siempre dentro de la línea de integración que hemos señalado: el diálogo con el mundo moderno; "...Porque no ha enviado Dios al mundo a su Hijo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por El (Jn. 3,17). Que lo sepa el mundo: La Iglesia lo mira con sincera admiración y con sincero propósito no de conquistarlo sino de servirlo; no de condenarlo, sino de confortarlo y salvarlo".

El discurso en el que anuncia la puesta al día de la curia con una renovación de su añosa estructura, señala la línea que seguirá dicha renovación: "...Han pasado muchos años: es explicable que tal ordenamiento esté lastrado por su misma edad venerable, que se resienta de la disparidad de sus órganos y de su acción con respecto a las necesidades y costumbres de los tiempos nuevos, que sienta al mismo tiempo la exigencia de simplificarse y descentralizarse, de extenderse y disponerse para las nuevas funciones..." Y prosigue en el mismo párrafo "...No tendrá que temer, por ejemplo (la curia), ser reclutada con una mayor visión supranacional, y ser educada con más cuidada preparación ecuménica..."

Queremos poner fin a esta cordial lectura del programa de S. S. Paulo VI con dos párrafos de su discurso de inauguración de la segunda sesión del Vaticano II sobre la integración de todos los cristianos en la unidad. Es sumamente significativa la postura de humildad adoptada por el Vicario de Cristo que ya ha encontrado eco entre los auditores enviados de las iglesias separadas. Este Concilio, dice el Papa "tiende a una ecumenicidad que quisiera ser total, por lo menos en el deseo, en la invocación, en la preparación. Hoy en esperanza para que mañana lo sea en realidad... Es, por tanto, un Concilio de invitación, de esperanza, de confianza en una más ancha y fraternal participación en su auténtica ecumenicidad". El segundo párrafo es anterior y de un significado profundo. Sobre todos, incluso sobre el Papa de Roma, está Cristo, cabeza de la

Iglesia. No es el Papa sino Cristo el último principio de la Iglesia. El obispo de Roma es solamente su Vicario. Después de decir a los Padres que no consideren otro punto de llegada, ni otra esperanza que Cristo, que no se cierna sobre el Concilio otra luz si no es Cristo, que ninguna otra aspiración les anime si no es el deseo de serle absolutamente fiel, Paulo VI evoca la concepción pictórica oriental de la jerarquización de la Iglesia: "...nos parece que se presenta El mismo (Cristo) a nuestros ojos extasiados y atónitos, en la majestad propia del Pantocrator de vuestras basílicas, hermanos de las Iglesias orientales, y también de las occidentales: Nos nos vemos representados en el humildísimo adorador, nuestro predecesor Honorio III, que aparece en el espléndido mosaico del ábside de la basílica de San Pablo, extramuros, pequeño y casi aniquilado, besando en tierra el pie de Cristo, de enormes dimensiones, el cual, en actitud de maestro soberano domina y bendice a la asamblea reunida en la misma basílica, es decir, a la Iglesia. Nos parece que la escena se repite aquí, pero no ya en una imagen diseñada o pintada, sino en una realidad histórica y humana que reconoce en Cristo la fuente de la humanidad redimida, de su Iglesia, y en la Iglesia como su esfluvio y continuación terrena, y al mismo tiempo misteriosa..."

